

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina Maria Antonieta.—La Conserjería.—Arrebatan á su madre el joven Delfin.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville acusador público.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte.

I

Una de las primeras víctimas importantes del terror fué el general Custine. Su crimen era regularizar la guerra. Los montañeses querian una guerra de paso precipitado y á la carga. Necesitaban generales plebeyos para dirigir las masas plebeyas, y generales ignorantes para inventar la guerra moderna.

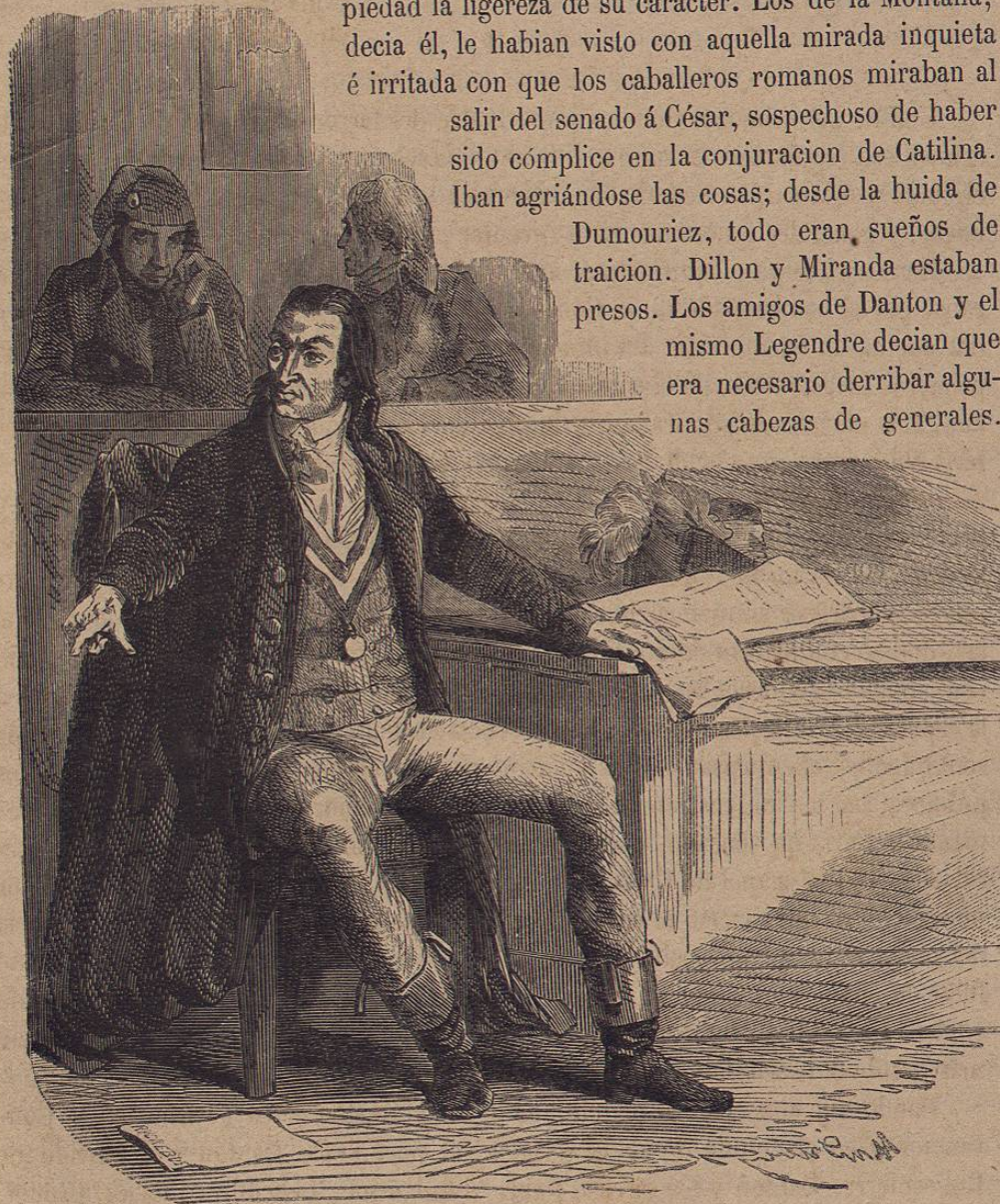
Hemos visto ya cómo Custine, arrancado en medio de su ejército, que le adoraba, por el comisionado de la Convencion Levasseur, habia llegado á Paris para dar cuenta de su inaccion. La inmensa popularidad que le habian alcanzado sus primeras invasiones hasta el corazon de Alemania y la toma de Maguncia le rodeaba aún. Los oficiales le admiraban, y le querian los soldados. Cierta clase de coquetería soldadesca, que ocultaba la adulacion bajo la dureza; una disciplina más ó ménos rígida segun convenia, una elocuencia natural, costumbres á la vez libres y marciales, una colosal fortuna generosamente prodigada en los campamentos, la aristocracia de un nombre cuya misma democracia aumentaba su prestigio, opiniones al parecer simpáticas hácia los girondinos, y el favor secreto de los realistas, que se complacian en considerarle retrógrado y amante de la monarquía, todo contribuia á establecer en derredor de Custine el interes que se une á la gloria, á la esperanza y á la persecucion. Su presencia en Paris habia reanimado todos estos sentimientos; el entusiasmo y los aplausos arrancados por su aparicion en los sitios públicos, en los paseos, en los teatros, hicieron temer á la Convencion que llamando á Paris un acusado, hubiese llamado un dominador, y que tentase al general obediente el papel de Cromwell. Apresuróse á prenderle y á entregarle á los jueces. No era por cierto el momento en que queria apoderarse de la supremacia del poder el más á propósito para reconocer en el ejército otra popularidad que no fuese la suya, y moderar un ascendiente con el que más tarde hubiera querido contar. El crimen de Custine era el de aparecer como necesario. No se querian más hombres necesarios, se queria que la patria fuese sola y el todo.

Por lo que concernia al ejército, se dejaban traslucir dos partidos en la Convencion y en el comité de salud pública: el partido de Danton y el partido de Robespierre. Danton y los suyos, Fabre d'Eglantine, Legendre, Chabot, Drouet, Camilo Desmoulins, Bazire, Alquier, Merlin de Thionville, Merlin de Douai y Del-

mas, habian mantenido siempre con los generales de la república inteligencias que atestiguaban en aquellos convencionales un oculto pensamiento de intervencion militar, cuyos instrumentos halagaban de antemano. Se procuraban el favor del ejército, mantenian correspondencia y amistad con los jefes, visitaban los campamentos, se dividian, segun se decia, los despojos; eran los patronos de los generales en las oficinas del ministerio de la Guerra, y blasonaban de amistad con aquellos mismos que por sus nombres ilustres y republicanismo dudoso hacian su frecuentacion sospechosa á los jacobinos. Poco hacía que Camilo Desmoulins acababa de excitar la cólera de los patriotas declarándose amigo de Dillon, á quien queria entregar la comandancia del ejército del Norte, é hiriendo con invectivas á los acusadores de aquel general. Este escritor habia acusado al comité de seguridad pública de desorganizar los ejércitos, trastornando los planes de los generales con ineptas manos. La Montaña, indignada, sólo perdonó á Camilo Desmoulins por

piEDAD la ligereza de su carácter. Los de la Montaña, decia él, le habian visto con aquella mirada inquieta é irritada con que los caballeros romanos miraban al salir del senado á César, sospechoso de haber sido cómplice en la conjuracion de Catilina. Iban agriándose las cosas; desde la huida de

Dumouriez, todo eran sueños de traicion. Dillon y Miranda estaban presos. Los amigos de Danton y el mismo Legendre decian que era necesario derribar algunas cabezas de generales.



Fouquier-Tinville acusador público.—Pág. 111.

Robespierre no hacía más que seguir el instinto de su naturaleza y obedecer á los celos de su carácter, apresurando la acusacion de Custine é inutilizando todos los jefes militares sobre los que el ejército podia dirigir los ojos ántes que sobre la patria. La libertad era su fin; sólo queria ejército para defender su cuna. La única fuerza del pueblo debia ser, segun él, el mismo pueblo. La historia enseña que el ejército, instrumento de gloria, se convierte en instrumento de tiranía. El ejército era ante sus ojos el ejército de los reyes. La victoria daba á los generales la popularidad de los campamentos; la popularidad de los campamentos les hacía contemplar con desasosiego el yugo civil. Convertirse de dominantes generales en obedientes ciudadanos le parecia esfuerzo superior á la virtud humana. No queria ni que el ejército se acostumbrase á admirar un jefe, ni que el pueblo se dejase corromper por la gloria. Desde los tiempos de la Asamblea legislativa se opuso por sí solo á la guerra, pedida por los jacobinos. Habia previsto de antemano las traiciones ó dictaduras, más fatales para las revoluciones que las mismas anarquías. Continuaba en su pensamiento. Luckner, Lafayette, Dumouriez, Custine, Dillon y Biron jamás habian obtenido su gracia. Las victorias le habian encontrado más frio y acerbo que los contratiempos, porque veia más peligro en la celebridad de un general afortunado, que en la pérdida de una batalla. Adorador exclusivo hasta la crueldad de la idea democrática, fué celoso hasta el extremo de sacrificarle el patriotismo.

II

Custine compareció ante el tribunal, rodeado de los recuerdos de sus triunfos y sostenido por la presencia de su hija política, cuya hermosura, gracia, talento, seduccion y lágrimas enternecian el rigor de las almas. Era la mujer del único hijo de Custine, preso tambien á la sazón. Abandonaba el calabozo de su marido para consolar á su suegro en la prision y acompañarle al tribunal. Custine habia sido para con ella, durante su elevacion, un censor exigente y de mal humor; ante el infortunio del general lo olvidó todo aquella hermosa jóven, y se ocupaba con ciega fe de la salud y consuelo del hombre que con su dureza le habia hecho derramar lágrimas tan á menudo. Queria probar su amor á su marido conservándole á su padre. Habia acosado con sus súplicas á los jueces, jurados y miembros de los comités, y se presentaba ante el tribunal junto á Custine como la inocencia que disipa la sospecha. Custine tenia sólo en su contra algunas debilidades é inconsecuencias de orgullo. Habia hecho traicion á las esperanzas de la república, mas no á su patria. El sentimiento de su inocencia y la necesidad que de sus talentos tenia el ejército le hacian presentarse ante el tribunal apacible y orgulloso á la vez. La superioridad de sus conocimientos militares sobre los testigos que le inculpaban, su gran memoria, la prontitud y oportunidad de sus réplicas, el verdadero calor de su patriotismo, y aquella elocuencia marcial que habia ejercido en los campamentos, dándole el dón natural, prestaban á las sesiones del tribunal revolucionario el atractivo y solemnidad de una tragedia. Era la primera de las grandes ingratitudes de la república.

III

Fouquier-Tinville, acusador público, *boca de hierro* del terror, indiferente á la verdad ó á la calumnia, leyó una larga y confusa acusacion en que todos los actos militares de Custine, y principalmente sus retiradas y abandono de Maguncia, estaban disfrazados como actos de traicion. Escucháronse numerosos testigos. Unos eran delatores que decian haber visitado los campamentos para tomar acta de los vagos murmullos y descontentos personales de las tropas; eran los otros demagogos alemanes de Maguncia ó de Liege, que imputaban al general frances haber despreciado sus consejos y moderado sus excesos; eran los demas, en fin, los representantes del pueblo comisionados junto á los ejércitos, tales como Montaut, Lequinio, Leonard Bourdon, Merlin de Thionville, Couturier y Hentz. Estos fueron los más parcios en sus declaraciones. Hablaron de Custine como hombres que habian desaprobado alguna vez su conducta, mas creyendo en su inocencia y respetando su desgracia. Nadie pronunció la palabra traicion.

Contestó Custine á los diferentes puntos de la acusacion, contrarió las declaraciones, restableció los hechos, las circunstancias y las fechas, y anonadó todas las inculpaciones con tanta sangre fria y con tal lucidez y fuerza, que se aumentó, con justicia, la celebridad de su talento en el campo de batalla en que á la sazón disputaba su honor y su vida. Ninguna prueba se reprodujo, y sólo quedaron sospechas en las almas de los que querian abrigrarlas. Los acentos del indignado general fueron acentos de grandeza y de sinceridad, acentos que confundian la ingratitud de la patria.

IV

Habiendo dicho Levasseur de la Sarthe en el tribunal que habia observado en la conducta de Custine los mismos síntomas de traicion que habian caracterizado la conducta de Dumouriez para entregar sus soldados á merced de los enemigos, exclamó Custine por toda respuesta y dirigiendo sus brazos al cielo: «¡Yo haber intentado que asesinaran á mis valientes hermanos de armas!» Algunas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron su sola refutacion.

Sin embargo, la impaciencia de los jacobinos estimulaba la lentitud del tribunal. La conviccion de la inocencia, el enternecimiento ó la admiracion ganaban todos los corazones. Los jurados vacilaban entre sus opiniones y sus conciencias. Custine terminó el debate con un discurso de dos horas, en el que la claridad de la refutacion, la dignidad de los sentimientos, el patético y varonil acento del hombre guerrero y la elocuencia revolucionaria de ardiente patriota inspiraron á los numerosos espectadores emocion y respeto. Creian todos, y hasta él mismo, su absolucion. Su hija política derramaba lágrimas de placer; empero los jurados le declararon culpable, con mayoría no esperada. El tribunal pronunció el fallo: la pena de muerte.

Era de noche. El general, entre dos filas de gendarmes, entró en la sala para escuchar su sentencia. La ansiedad de la duda palidecia su rostro. Dirigia inquietas miradas á la multitud, como para interrogar por su suerte á los rostros; pero

aquella nada sabía. Las hachas, que iluminaban por la vez primera el pretorio desde el principio del proceso, mostraban á Custine que la deliberacion de los jurados habia sido larga y que su cabeza se habia disputado con encarnizamiento. El agitado auditorio y la consternada actitud de los jueces le hicieron concebir por vez primera el presentimiento del suplicio. Sentóse, fijando los ojos en el presidente. Coffinhal leyó la declaracion del jurado, y según costumbre, le preguntó si tenia que reclamar algo contra la pena de muerte que pedia el fiscal.

El alma de Custine pareció decaer, más por la sorpresa de la injusticia que por el terror de la muerte. Dirigió miradas en derredor suyo para buscar sus defensores é implorar una última voz; pero éstos se habian retirado. No viéndolos, se dirigió Custine hácia el tribunal, y con una accion que expresaba su abandono, exclamó: «¡Ya no me queda ni un solo defensor, todos han desmayado! De nada me acusa mi conciencia. Muero tranquilo é inocente».

V

Lleváronse á su hija política desmayada. La gente del salon permanecía muda ó lloraba. La multitud de fuera aplaudió. Custine entró en el archivo de la Conserjería, antesala entre la vida y la muerte. Cayó arrodillado y con la cabeza entre sus manos, permaneciendo de esta manera y prosternado dos horas, abismado en reflexiones y sin proferir ni una sola palabra. Tal vez pensase en lo que habia sacrificado de su rango y sangre, de su deber hácia el trono y de su fe de cristiano para con la revolucion, que tal recompensa le daba en aquel momento. Levantóse y pidió un sacerdote, y pasó la noche entera con el ministro de Dios. Pidió fuerzas para morir á la religion, contra la que habia combatido al frente de los soldados de la república. Confesóse por este acto vencido por las doctrinas de que se habia declarado enemigo. No conservó nada en sus últimos momentos de aquel *decorum* de la muerte del soldado, del que con tanta frecuencia habia hecho gala en el campo de batalla. El hombre y el padre quedaron solos; el guerrero desapareció. Escribió una patética carta á su hijo, encareciéndole cuidase de su memoria y de la rehabilitacion de su inocencia en el corazon del pueblo, cuando el tiempo destruyese la sospecha. Subió á la carreta con las manos atadas. Un redingot de paño azul, que conservaba algunos vivos y galones de uniforme, mostraba la dignidad del general bajo el traje del ajusticiado. Besaba con ardor un crucifijo que un sacerdote, sentado junto á él, oprimia contra sus labios. Sus ojos, arrasados de lágrimas, se dirigian alternativamente de la multitud al cielo, como para acusar su inconstancia al pueblo y pedir justicia á Dios. Bajó de la carreta al pié del cadalso y cayó nuevamente arrodillado sobre el primer escalon. Su plegaria, que no osaron interrumpir, pareció redoblar su fervor y se prolongó largo tiempo. Subió al fin con firme paso, y mirando un momento la cuchilla como si fuese la bayoneta de la patria, se puso en manos del verdugo y murió. Esta muerte hizo retroceder todos los pensamientos de traicion á los corazones de los generales, todas las insubordinaciones en el deber; hizo rodar ante el ejército admirado la cabeza del más popular de sus jefes. Enseñóle que no tenia más jefe que la Convencion. Dió á los representantes del pueblo en las fronteras un carácter de inflexibilidad que crea la obediencia y el heroísmo por medio del terror. El partido

militar, emigrado con Lafayette, tráfuga con Dumouriez, decapitado con Custine, vergonzoso y mudo contra Danton, fué completamente anonadado con este suplicio, y no intentó luchar más con Robespierre, símbolo del pueblo y única cabeza dominante de la república.

VI

Noventa y ocho ejecuciones acababan de ensangrentar el cadalso en sesenta dias. Una vez puesta en manos del pueblo la cuchilla del terror, jamás la suelta. La venganza implacable y cobarde pedia sin cesar la cabeza de María Antonieta.



Custine ante el tribunal revolucionario.—Pág. 112.

La ciega impopularidad de esta princesa habia sobrevivido á su caída y desaparicion. Ella era, según los dichos del pueblo endurecido, la contrarrevolucion encadenada, mas viva aún. Aunque inmolado Luis XVI, el pueblo conocia que únicamente se habia inmolado la mano. El alma de la corte era, para los enemigos del realismo, María Antonieta. Luis XVI era ante sus ojos la personificacion de la majestad, y su mujer el crimen. Ya hacia algunos dias que el Consejo de la municipalidad recibia acusaciones significativas contra algunos de sus comisarios que dispensaban á los encarcelados del Temple alguna consideracion ó piedad. Ordenábaseles la insolencia y el ultraje como virtud de sus opiniones. La demolicion de los sepulcros de Saint-Denis, ordenada por la Convencion, por las peticiones de la municipalidad, iba á esparcir hasta las cenizas de los reyes. ¿Por qué, pues, conservar las personas reales que respiraban aún en el centro de Paris? Pensaban los implacables jacobinos que la atmósfera de la república se *calmaria* y *purificaria* con esta sangre que les era odiosa, y el comité de salvacion pública mandó á Foucher-Tinville que apresurase el proceso.

VII

Ningun miembro del comité consideraba á la reina como destituida de odio contra la república, pero ninguno la creía peligrosa para con la revolucion; algunos se avergonzaban, no obstante, de la necesidad de inmolarla. El mismo Robespierre, tan encarnizado contra los reyes, hubiera querido libertar á la reina. «Las revoluciones son en extremo crueles,—decia en esta época;—ante ellas nada es el sexo ni la edad. Las ideas son implacables, mas el pueblo debiera saber perdonar. Si mi cabeza no fuese necesaria á la revolucion, hay momentos en que la ofreceria al pueblo en cambio de una de las que nos pide.»

Unicamente Saint-Just no se desviaba por ningun sentimiento de la línea de inflexibilidad que trazó en el comité á la marcha de la república. En cuanto al resto de la Montaña, Collot, Legendre, Camilo Desmoulins, Billaud-Vareunes y Barere, llevados por la cólera y arrastrados por la debilidad general del momento, procuraban acertar los instintos de la multitud á fin de halagarla sirviéndola. Quedaba la compasion de la opinion, que podia conmovirse por una reina, por una viuda, por una madre, por una cautiva, inmolada á sangre fria por todo un pueblo; mas la opinion, asfixiada por el terror, era dominada por el cadalso. El miedo vuelve egoista, como la prosperidad. Cada cual tenia demasiada piedad de sí propio para sentir piedad hácia la desgracia ajena.

VIII

Dejamos á la familia real en el Temple en el momento en que el rey daba sus últimos abrazos para marchar al patíbulo. La reina, acostada enteramente vestida, habia permanecido durante las largas horas de agonía del 21 de Enero sumida en fuertes desmayos, únicamente interrumpidos por el llanto y la oracion. Procuró acertar el preciso momento en que la cuchilla fatal cortaba la cabeza de su esposo, para unir su alma á la suya é invocar como protector en el cielo al que perdía como esposo en la tierra. Los gritos de *¡Viva la república!* que desde el pié de la guillotina se fueron reproduciendo hasta las puertas del Temple, junto con el ruido de la artillería que regresaba desde los boulevares á las secciones, fueron los anuncios que indicaron á la reina este momento. Deseaba con avidez saber los fúnebres detalles de los últimos pensamientos y últimas palabras de su esposo. No ignoraba que moria como bueno y como hombre, pero necesitaba saber si moria como rey. Más que el cadalso la hubiera humillado una debilidad ante su pueblo y ante el porvenir. El Consejo de la municipalidad rehusó este consuelo á María Antonieta. Clery, más querido de ella desde sus últimas comunicaciones con su rey y preso durante un mes en la torre, no tuvo ninguna comunicacion con la familia proscrita. No pudo enviar ni el rizo de cabellos ni el anillo de casamiento. Estas reliquias, casi impregnadas con la sangre del ajusticiado, fueron selladas y colocadas en la sala donde estaban los comisarios de la municipalidad. Algunos dias despues, el municipal llamado Toulan, que bajo la apariencia de sus funciones encubria una adhesion apasionada á la reina, las sustrajo, y fueron enviadas al conde de Provenza.

IX

La reina suplicó á sus carceleros que le permitiesen tributar á la memoria de su esposo la última prueba de respeto, vistiendo luto. Accedieron á esta súplica, pero bajo nimias y ridículas concesiones que parecian una ley relativa al dolor. Por otra especial deliberacion, el Consejo de la municipalidad, concedió quince camisas al hijo del rey.

Desde la muerte de Luis XVI notáronse algunas temporizaciones en la cautividad de las princesas. Los mismos comisarios del Temple creyeron en los primeros momentos que, satisfecha ya la república, quedarian luégo en libertad las princesas y los niños. Los municipales indulgentes dejaban entrever en sus conversaciones esta esperanza. Madama Isabel y la jóven princesa intentaron que la reina admitiese esta posibilidad, si no como esperanza, al ménos como consuelo á sus lágrimas; pero la reina conservó su impassibilidad, ya porque no creyese en los humanos sentimientos de un pueblo cuyo enojo llevó al cadalso á un rey que en otro tiempo vitoreó con entusiasmo, ya porque creyese preferible la muerte á la libertad sin el trono y sin su esposo.

Rehusó constantemente bajar al jardin, distraccion que de nuevo le concedian. «Imposible me sería—decia arrojándose en los brazos de su hermana—pasar por frente de la puerta del cuarto del rey, en el primer piso de la torre. Eternamente veria las huellas de sus últimas pisadas impresas en las escaleras.» Nada podia mitigar aquel suplicio de su alma. Alarmada respecto á la salud de sus hijos por una reclusion tan completa, consintió tan sólo á fines de Febrero en pasear y respirar el aire libre en la plataforma de la torre.

El Consejo de la municipalidad, informado de la curiosidad que despertaban en las casas vecinas estos paseos y temiendo que se estableciesen inteligencias con la mirada, disputó á sus cautivas la vista del horizonte, y por una orden expedida el 26 de Marzo mandó que se colocasen celosías en todas las almenas, que sin impedir la circulacion del aire, impidiesen las curiosas miradas.

Estas precauciones, crueles para los niños, eran un beneficio para la reina. Le privaban del aspecto de una odiada ciudad y del estruendo de la tierra, y sólo le dejaban entrever el cielo, al que ella aspiraba. Se alteraba su salud, sin que se apercibiese su alma de la decadencia de su cuerpo. Las noches las pasaba en insomnios que sus alteradas facciones revelaban por la mañana. Su hermana é hija le suplicaron que pidiese se abriera una puerta de comunicacion entre su cuarto y el contiguo, donde las encerraban todas las noches. La reina consintió, y atendiendo á su ternura, Chaumette, procurador general de la municipalidad, conmovido por las lágrimas de las princesas y el decaimiento de la reina, prometió apoyar la demanda; empero al dia siguiente, acompañado de Pache y de Santerre, volvió al Temple para anunciar á la reina que se habia desechado su peticion.

Pache y Santerre no pudieron ménos de contemplar con estupor la abatida víctima de tantas persecuciones, y se retiraron aterrados de su poder y encadenados con las exigencias de una opinion que, elevándolos sobre el pueblo, les prohibia ser hombres.